



La vida es más que el capital

La democracia de ciudadanos y el proyecto de sociedad en el que quepan todos los seres humanos*

[FRANZ J. HINKELAMMERT]



Quiero empezar con una cita de Marx. Se trata de una cita que aparece en un lugar clave de *El Capital*. Se encuentra al final de sus análisis de la plusvalía relativa:

Por tanto, la producción capitalista sólo sabe desarrollar la técnica y la combinación del proceso social de producción socavando al mismo tiempo las dos fuentes originales de toda riqueza: la tierra y el trabajador.¹

Esta cita describe lo que es nuestra percepción del mundo hoy y nuestra crítica al capitalismo. Expresa el sentido común de la mayoría de la gente hoy, más allá de izquierda o derecha, más allá de las clases sociales. Pero resume a la vez lo que es la suma de la crítica del capitalismo en Marx.

Más allá de las fraseologías de los valores eternos, derivados de alguna esencia humana nunca

* Discurso pronunciado durante la ceremonia de recibimiento del título de *Doctor Honoris Causa* en Economía por UNIBRASIL (Faculdades Integradas do Brasil, Curitiba), celebrada el 14 de octubre de 2006.

encontrada, nos presenta lo que son los valores, que Marx propicia, sobre todo su concepto de justicia. Creo que incluso hoy no tenemos un concepto de justicia más allá de eso.

Ciertamente, la cita nos presenta este concepto de justicia a partir de su concepto de injusticia. Se puede derivar fácilmente del texto: injusticia es producir la riqueza “socavando al mismo tiempo las dos fuentes originales de toda riqueza: la tierra y el trabajador”. Trabajador no se refiere a la clase trabajadora únicamente, sino al ser humano en cuanto trabajador.

Podemos derivar lo que es justicia: producir la riqueza conservando las dos fuentes originales de toda riqueza: la naturaleza y el ser humano trabajador. En otros términos podemos decir que eso define hoy lo que es el bien común, que es un interés de todos y, por tanto, de cada uno.

Efectivamente, luchar hoy por la justicia es luchar por este bien común. De modo que la justicia no se restringe a la tal llamada justicia distributiva, sino embarca a toda la vida humana.

La tesis es: la sociedad capitalista produce la riqueza socavando las fuentes de la producción de la riqueza. No hay que tomar eso en términos demasiado estrechos. En buena medida, las sociedades del socialismo histórico han tenido un efecto análogo. Tomándolo en cuenta, sin duda, vivimos hoy de nuevo la sociedad capitalista como el centro de este tipo de destrucción.

La tesis no es economicista. Parte de las condiciones de posibilidad de la vida humana. Son estas condiciones las que determinan lo que es la justicia y el bien común. Sin embargo, estas condiciones son corporales. La tesis se refiere a la sociedad en todas sus dimensiones, pero la caracteriza en función de las condiciones de posibilidad de la vida humana. Aparece un criterio de discernimiento que se refiere a la sociedad entera. Es un criterio que rige sobre la economía también, si se entiende economía como usualmente se le entiende hoy, es decir, como el ámbito de la alocaación de los recursos.

Estas condiciones de posibilidad de la vida humana constituyen todo un circuito: el circuito natural de la vida humana. No hay vida posible sin ser incluida en este circuito natural. Ser separado de la integración en este circuito significa la muerte. El socavamiento de las fuentes originales de toda

producción posible es la otra cara del socavamiento de este circuito natural de la vida humana.

LA INCAPACITACIÓN DEL CIUDADANO

El capitalismo actual impone su estrategia como un proyecto político nacido de las burocracias privadas de las empresas transnacionales. No lo puede imponer sino socavando no solamente las fuentes originales de la producción de todas las riquezas, sino de la democracia también. Se ha ido de la democracia del ciudadano a la democracia de los clientes.

Predeterminado el proyecto político por la estrategia de estas burocracias privadas, las mismas elecciones pierden su contenido. Lo que está por elegir, es la persona más adecuada (el más atractivo, el más simpático, el más telegénico) para implementar un proyecto político predeterminado por la estrategia de estas burocracias.

Esta predeterminación del proyecto político se hace en nombre de la técnica. Y la técnica es presentada como técnica del mercado.

Por eso aparecen los equipos económicos que pretenden transmitir esta técnica, que predetermina el proyecto político. De hecho, con eso la política en sentido tradicional desaparece. El político tiene la función de imponer en contra de las resistencias muchas veces populares el proyecto pronunciado en nombre de la técnica del mercado por estos equipos económicos. Son consejos de sabios con pretensión de tener saberes absolutos. Estos equipos no reconocen límites. Tienen la función de imponer el proyecto técnico predeterminado en contra de vientos y mareas. Se transforman en aplanadoras. Para ellos no hay ni democracia ni valores. Con democracia o sin democracia, con valores o sin ellos, se trata de imponer el proyecto. Diseñan el proyecto, pero lo diseñan sobre bases en las que ni ellos mismos pueden influir. Tienen que diseñarlo de manera tal que los políticos puedan imponerlo a los que pudieran resistirse. Diseñan engaños, fraudes, razones falsas. Todo es lícito para lograr imponer este proyecto.

El político es una especie de marioneta, presentada para darle el apoyo a este mismo proyecto predeterminado. No lo dirige y no lo debe dirigir. Lo representa en el plano del Estado. No representa a

sus electores, sino representa este proyecto frente a los electores. Por eso, su función es la imposición de un proyecto, en cuya elaboración la política no tiene injerencia. Cuando trata de ejercer influencia en el proyecto, es marginado.

Con esta transformación del político en representante de un proyecto predeterminado por sabios con saber absoluto, el propio ciudadano es incapacitado. Se le niega la mayoría de edad. Es un ser que tiene que ser tutelado. Su tutor es el equipo económico, que sabe.

¡No hay alternativas! Eso es la incapacitación del ciudadano y la renuncia forzada a la democracia. Es además el resultado de la transformación de la política en aplicación de una técnica. Las instituciones democráticas se vacían. Pueden sobrevivir en el grado en el cual prometen restringirse a la implementación de esta técnica con su única alternativa.

Es como en la antigua Roma, tan admirada por estos técnicos del poder. Cuando Augusto se erigió como emperador, no abolió la república. Sus principales instituciones sobrevivieron. Pero fueron vaciadas. Dejaron ser instancias políticas con capacidad de definir políticas y se transformaron en órganos del poder absoluto del emperador. Una vez aceptada esta posición, podían seguir existiendo.

Cuando hoy Estados Unidos pretende ser la nueva Roma, busca hacer lo mismo con sus instituciones democráticas. Pero ya no existe la figura del emperador. Lo que surgió en su lugar es este proyecto predeterminado por medio de los sabios de saber absoluto, frente al cual todo el mundo tiene que arrodillarse.

Pero estos sabios de nuestros equipos económicos no hacen por sí mismos el proyecto. No tienen alternativa tampoco. Si hicieran otra cosa, serían despedidos y castigados. No tienen alternativa, y para mantenerse en sus puestos, forzosamente tienen que repetir todo el tiempo lo mismo, aunque no se lo crean. Al final estas repeticiones terminan por atontarlos, y vuelven a creer que son los sabios del saber absoluto.

Pero si estos sabios de los equipos económicos no hacen el proyecto, que es infalible y sin alternativa, ¿de dónde les viene? ¿Quién es el emperador Augusto de esta nueva Roma que Estados Unidos pretende ser?

No hay detrás una persona como el emperador Augusto, pero algo hay detrás que determina y toma el lugar del emperador. Ciertamente no es el presidente de Estados Unidos. Lo revela la manera de hablar sobre este proyecto predeterminado. Se habla de la estrategia de globalización. De hecho, el proyecto que en la actualidad predetermina la política es la proyección de esta estrategia de la acumulación de capital a nivel mundial y en todos los niveles de la sociedad.

Que hoy el mundo es un mundo global, evidentemente no es resultado de esta estrategia de globalización. Es el resultado de una larga historia anterior. No es resultado de la estrategia de globalización, sino su supuesto y precondition. Siendo global nuestro mundo, se pueden desarrollar e instalar las grandes burocracias privadas de las empresas transnacionales para aprovecharse de esta globalidad. De su acción, guiada por el criterio de la maximización de las ganancias, resulta la estrategia de globalización.

Estas burocracias privadas luchan entre sí, pero en sus luchas tienen una estrategia común. Es la estrategia de imponer mundialmente las condiciones de sus luchas tanto a los Estados como a las poblaciones. En común defienden esta estrategia, para atacarse mutuamente en el marco de las condiciones promovidas por ellas mismas.

Son condiciones de homogenización y McDonal-dización del mundo. En América Latina se hicieron presentes con los ajustes estructurales desde los años ochenta del siglo XX. Expresan con mucha coherencia las condiciones del funcionamiento global de las burocracias privadas, y eliminan o socavan tanto la democracia como los derechos humanos. Son imposiciones de esta estrategia, impuesta como proyecto político sin alternativa.

En el campo de la democracia implican la incapacitación del ciudadano. Se le quitan los derechos de hacer política, sustituyendo la política por la implementación sin apelación de la estrategia de globalización de las burocracias privadas.

Al actuar globalmente, las burocracias privadas adquieren un poder de presión suficientemente grande para condicionar a los propios Estados, de manera tal que no puedan oponerse. Se trata, en verdad, de un poder de chantaje. La amenaza

de retirarse o de retirar los capitales es suficiente para volver inoperantes a los Estados si decidieran ejecutar acciones contrarias a esta estrategia. Las burocracias privadas pueden producir crisis económicas a su antojo, cuyas consecuencias harían caer los gobiernos en el caso de que no cedieran. Cuanto más avanzan los ajustes estructurales, más avanza este poder de presión.

Entonces resulta que estas burocracias privadas son la instancia que amarra la política y arrolla con la democracia y los derechos humanos. Hablan de derechos humanos solamente, cuando promueven la guerra en contra de otro país. No son más que justificaciones de nuevas guerras. Sin embargo, tampoco son el emperador de este sistema. Los ejecutivos de las burocracias privadas no proponen alternativa tampoco. Ninguno de ellos podría realizar acciones alternativas. Al hacerlo, también ellos pierden su puesto. Tienen que implementar esta estrategia, y en la implementación les queda muy poco espacio para divergir. En este sentido, se encuentran en una situación análoga a la situación de los políticos. No dominan, sino que están sometidos a una estrategia que tienen que implementar.



El emperador resulta ser un engranaje anónimo, un gran remolino, una especie de hoyo negro que devora a todos.

La revista alemana *Der Spiegel* muestra el callejón sin salida resultante, al hablar de las manifestaciones contra la estrategia de globalización de las burocracias privadas:

(...) también muchos de aquellos que para los manifestantes parecen ser los conductores de la globalización, están confusos. Inclusive los jefes omnipotentes de los conglomerados se quejan de que los críticos les exigen más de lo que pueden dar. Donde antes la gente esperaba la solución de problemas políticos o ecológicos del gobierno, se exige ahora a los empresarios asumir directamente este papel”, observaba el presidente del gigante de petróleo Dutch/Shell, Cornelius Herkströter. Pero “nosotros no tenemos la competencia de asumir esta tarea” (...), “nosotros no tenemos este mandato”.²

La revista añade que sin embargo, aquellos políticos que tendrían el mandato, refieren que lo mejor es someterse, porque en caso contrario son castigados por la fuga de capital y el corte de las inversiones.

Los manifestantes se dirigen a las burocracias privadas para que respondan a sus exigencias. Estos, con razón, les contestan que su mandato no les permite tomar tales decisiones. Su mandato es maximizar ganancias. Sostienen que hay otras instancias como los gobiernos. Sin embargo, si los gobiernos intentan reaccionar, las mismas burocracias privadas tienen no solo el poder de impedirlo sino el mandato de hacerlo. Los mandan a los gobiernos, pero impiden que los gobiernos reaccionen.

Eso es la trampa moral, el gato que se muerde la cola. La estrategia de globalización entra en un callejón sin salida. Es la “trampa 22”.³

El capitalismo produce riqueza socavando las fuentes de la producción de toda riqueza: la tierra y el ser humano en tanto trabajador. Desata un proceso autodestructivo que cubre la sociedad entera. Se nota en las crisis de exclusión de la población, en la crisis de las propias relaciones humanas y en la crisis del medio ambiente.

Pero no hay alternativa. Efectivamente, no cabe alternativa en este sistema. La propia sociedad burguesa sospechaba desde sus inicios de esta transformación. Hobbes hablaba del sistema como Leviatán, John Locke como el “Gran Leviatán”. Al inicio del siglo XX, Max Weber dio a este engranaje un nombre más secular que expresa lo mismo. Hablaba de la transformación del capitalismo en una “jaula de acero”. Sobre el hecho de que no hay responsables de las acciones que se llevan a cabo en este proceso autodestructivo, Weber habló de la “esclavitud sin amo”. Todos se transforman en esclavos sin amo, confinados en esta jaula de acero, aunque unos tienen más comodidad que otros. Pero no hay señores, solamente hay sometidos sin alternativa.

El emperador de esta nueva Roma se ha transformado en una cárcel que los presos han construido para sí mismos. Uno controla al otro para que no salga. Lo que surgió es el “Dios mortal” de Hobbes.

¿Dónde está la razón? Viene desde la reducción de la persona humana al individuo burgués. Como individuo calculador de sus utilidades, no puede sino construir el sistema que desemboca en esta jaula de acero. Su construcción ocurre paso a paso por la reducción de las relaciones sociales a relaciones entre individuos y la transformación del mercado en principal relación social, que se somete a todas las otras con la tendencia de destruirlas. Siguiendo cada uno el cálculo de sus utilidades, el camino a la jaula de acero es un camino obligado. Resulta por fuerzas compulsivas de los hechos. Estas mismas fuerzas defienden, una vez constituida la jaula, su auto-reproducción. Siguiendo la lógica de este individuo, no hay salida, no hay alternativa. Todo resulta imposible.

Adentro de la jaula todos experimentamos el hecho de que no hay alternativa. Cada paso que podemos dar, parece un paso en vano. No hay perspectiva y no hay esperanza. El árbol, que no cortamos, no significa nada en relación a la tala de bosques impulsada por las fuerzas compulsivas de los hechos a nivel de las burocracias privadas, pero también por seres humanos hambrientos, que necesitan calentar su comida. Las fuerzas compulsivas de los hechos los llevan. Esto se repite en cada uno de los campos posibles de la acción humana.

Tenemos que contentarnos con pasos irrelevantes que no afectan el proceso autodestructivo del socavamiento de las fuentes de toda riqueza: la tierra y el ser humano trabajador.

Sobre estas experiencias de cada uno se levantan las ideologías de la destrucción. Las propias burocracias privadas las dirigen y lo pueden hacer por el hecho de que son estas burocracias privadas las dueñas y directoras de los principales medios de comunicación.

En el interior de esta gigantesca jaula de acero rige el principio según el cual no se puede vivir sino derrotado al otro, que también quiere vivir. El asesinato del hermano se transforma en uno de los motores de la dinámica del sistema. Todo es lucha. No se puede ganar en esta lucha sino haciendo perder al otro, aunque la ideología del mercado, vociferada por los medios de comunicación de las burocracias privadas, va a sostener que por una mano invisible todos ganarán. Pero la exclusión de partes cada vez mayores de la población y la destrucción del medio ambiente atestiguan que esta competencia es, efectivamente, un “competencia asesina” llevada a cabo por burocracias con “instinto asesino”.⁴

Libertad resulta ser libertad para asesinar. Libertad, como es entendida en la actualidad: libertad del más fuerte para someter al otro. En función de esta libertad aparece el imperio actual, que reivindica abiertamente su derecho a hacerle la guerra a cualquier país que le convenga. En ese sentido, Bush afirma:

Somos una fuerza militar sin paralelo, tenemos el derecho de actuar en todo el mundo para imponer la economía de mercado y garantizar la seguridad energética y podemos atacar a quien consideremos una amenaza o a cualquier país que pueda convertirse en una competencia militar.⁵

Es la libertad que constituye esta jaula de acero y que rige en su interior.

¿Hay salida de esta jaula de acero? Ciertamente, cuanto más el ser humano es reducido a ser individuo, menos posibilidad tiene para salir. Pero el ser humano difícilmente se reduce a ser individuo. Siempre tiene alguna pata fuera de la jaula. Además,

si no fuera así, no se podría ni experimentar ni saber de qué se vive en esta jaula.

LA RECUPERACIÓN DEL CIUDADANO A PARTIR DEL RETORNO DEL SUJETO

Al reducir la persona humana al individuo propietario y calculador de sus utilidades, se suprime su otro polo, que es el sujeto. No desaparece, pero es reprimido. En tanto sujeto, el ser humano sabe: no puedo vivir yo si no puede vivir el otro. Interpela el individuo conquistador y posesivo, que quiere vivir por la derrota y, por fin, por la muerte del otro. Este sujeto humano es la instancia desde la cual se puede presionar sobre la jaula de acero cerrada y levantada en nombre del individuo. El sistema se levanta sobre el crimen del asesinato del hermano —perpetrado por hijos de Caín— y el sujeto interpela en nombre del hecho de que solamente se puede vivir si también puede vivir el otro. Frente al sistema, sostiene que asesinato es suicidio.

Este sujeto es la única instancia desde la cual se puede enfrentar el sistema, que se cierra sobre sí mismo para convertirse en jaula de acero.

Es a partir de este sujeto que hace falta recuperar la democracia del ciudadano y su mayoría de edad, negada por el sistema. Solo como ciudadano el ser humano puede introducir esta posición del sujeto en la política. Pero es el ciudadano que exige que el sistema no sea fundado sobre el asesinato del hermano, que asegure la vida de todos, para que cada uno pueda vivir. Es el ciudadano que reivindica la sociedad para que en ella puedan vivir todos los seres humanos y la naturaleza exterior también. Esa es la sociedad justa en función del bien común. En términos de proceso, es la sociedad que produce las riquezas conservando las fuentes de toda la producción de la riqueza: la tierra y el ser humano trabajador.

El ser humano como ciudadano es la única instancia que puede desde el sujeto obligar al sistema a abrir su jaula de acero, para que sea la casa de todos. Pero no puede hacerlo sino recuperando el derecho político de la intervención en los mercados y, por tanto, en el poder de las burocracias privadas. La misma economía tiene que ser democratizada. Sin embargo, esta democratización tie-

ne su pilar principal en el derecho del ciudadano de asegurar una política de la intervención en los mercados y, por consiguiente, en el poder de las burocracias privadas.

No se puede recuperar la ciudadanía sin recuperar este derecho fundamental a la intervención sistemática en los mercados. Es base de toda democracia factible y, sin ella, las instituciones democráticas son transformadas en pantalla de un poder absoluto fuera de todo control democrático.

Sin embargo, esta democracia de ciudadanos necesita recuperar igualmente una libertad de opinión sofocada precisamente en nombre de la libertad de prensa, que ha permitido el control casi ilimitado sobre los medios de comunicación por parte de las burocracias privadas. Una libertad de prensa abusada de esta forma ha llevado a una amplia supresión de la libertad de opinión. Por eso hace falta recuperar la libertad de prensa de manera tal que sea un vehículo de la libertad de opinión de parte de la ciudadanía.

Algo parecido tiene que ocurrir con la libertad de elecciones. La democracia de ciudadanos tiene que recuperar que la ciudadanía sea capaz de elegir sus representantes a partir de las opiniones formadas en un ambiente de garantía de la libertad de opinión. Esta recuperación de elecciones libres de parte de ciudadanos libres no se puede hacer sin quitar a las burocracias privadas el derecho a financiar a los candidatos a elegir.

Solamente en estos términos puede volver la república libre, hoy socavada por el dominio de las burocracias privadas. Tiene un proyecto, que es una sociedad en la que quepan todos los seres humanos, que produce la riqueza sin socavar sus fuentes originales de producción. Es un proyecto democrático, porque no le corresponde una estrategia única sin alternativas, sino estrategias múltiples.

Marx lo resume en estos términos: “Y frente a la vieja reina de los mares se alza, amenazadora y cada día más temible, la joven república gigantesca: ‘Un duro destino atormenta a los romanos, la maldición por el crimen del asesinato del hermano’ (Horacio)”.⁶

Lo que dice Marx sobre el imperio británico (“vieja reina del mar”) lo dice igualmente sobre Roma. Por eso cita a Horacio, el poeta romano del I siglo

a.C., y su juicio sobre Roma, que para Marx es igualmente el juicio sobre el imperio británico de su tiempo. Hoy sería el juicio sobre la nueva, vieja reina del mar, que resulta ser Estados Unidos.

Este juicio es un juicio condenatorio. La vieja reina del mar está condenada por sí misma. Es condenada a un duro destino por la maldición que lleva encima, producto del asesinato del hermano, sobre el cual descansa su poder. Eso hace aparecer otras connotaciones: es Leviatán, un monstruo que surge del mar.

Marx ve levantándose frente a este poder asesino del hermano la “joven república gigantesca”.

Es la república que nace de la sociedad civil desde abajo, cuando logra hacerse democracia vigente.

Aquí aparece también la tarea de hoy, en la cual estamos empeñados con el movimiento que se enfrenta a la actual estrategia de globalización: recuperar la democracia, recuperar la libertad de opinión, recuperar la capacidad del ciudadano de controlar las burocracias privadas de las empresas transnacionales para poner la economía al servicio de la vida humana y de toda la naturaleza. Es la tarea de la realización del bien común.

NOTAS

1. K. Marx: *El Capital*, I., FCE, pp. 423-424. He corregido la traducción según el texto original.
2. *Spiegel*, no. 30, 2001, p. 34.
3. “Trampa 22” es una regla según la cual, elijas la alternativa que elijas ante una situación comprometida, terminarás siendo afectado. El término tiene su origen en la novela del mismo nombre, publicada por Joseph Heller en 1961 y editada en Cuba por la Editorial Arte y Literatura en 1989. (Nota del E.).
4. Maucher, el presidente de la multinacional Suiza Nestlé, declaró en 1991 que quiere ejecutivos con “instinto asesino” (*Killerinstinkt*) y “voluntad de lucha” (ver la revista alemana *Arbeitgeber*, no. 1, 1991). Maucher se considera a sí mismo un hombre con “instinto asesino”, lo cual es un honor para él. El concepto del “instinto asesino” pasó al lenguaje que utilizan los ejecutivos para sí mismos. El autor de bestsellers Jack Trout lo amplió y creó el concepto de “competencia asesina” (*Killer-Wettbewerb*) (diario suizo *Tagesanzeiger* del 10-9-01). Esta cita y la anterior, según W. Spieler: “Liberaler Wirtschaftsordnung-Freiheit für die Starken?”, en *Neue Wege*, Zürich, septiembre de 2002). Según Trout, la competencia logra su ideal cuando llega a ser “competencia asesina”.
5. Documento “Estrategia de Seguridad de Estados Unidos, 2002”, firmado por el propio George W. Bush. Citado por R. Kollmann: “Irak termina en la Triple Frontera”, en www.pagina12.com.ar.
6. *Acerba fata Romanos agunt Scelusque fraternae necis*. K. Marx: op. cit., p.606.

